

no hay amor, entonces, *leave it or change it!* El andar murmurando constantemente nos hace polvo a nosotros mismos y a los demás. Es como si se extendiera un cielo plomizo sobre toda la vida eclesial. [...]

Añadamos la instrucción dada por un conocido director espiritual ya fallecido en un congreso de encargados de la atención pastoral a sacerdotes: aunque no exista ninguna *garantía* de que una vida sacerdotal vaya a ser una vida lograda, sin embargo puede formularse una promesa fiable de que vaya a serlo, cuando se cumplen dos condiciones: (1) no se ha abandonado nunca la oración diaria, extensa, *personal* (!), ni siquiera en tiempos de oscuridad, vacío y sequedad, cuando todo parece callar y la oración cuesta un *gran esfuerzo*. ¡A pesar de eso! (2) Se tiene por lo menos *una* persona, sea quien sea (amigo, consejero espiritual, persona unida espiritualmente), con quien uno pueda hablar francamente acerca de *todo*, incluso de los propios abismos, tentaciones y conductas equivocadas.



Año sacerdotal 2009

Hojas de reflexión

Decepciones.

(de G. GRESHAKE, *Ser sacerdote*, Sígueme 2003, 418-26. Selección)

«Los ideales que se han fijado muy altos, la conciencia de la propia vocación, los anhelos personales que están asociados con la vocación sacerdotal, y las expectativas de la comunidad: todo esto son hipotecas que ninguna persona y ninguna vida son capaces de amortizar. Las decepciones están programadas de antemano». El autor de estas palabras, H. Brantzen, menciona luego de manera diferenciada las siguientes decepciones, entre otras:

- Las decepciones acerca de sí mismo, acerca del primer impulso y del entusiasmo inicial, que van decreciendo; acerca de los límites de las propias energías y de los sentimientos de verse desbordado; acerca de la vulnerabilidad y de la falta de éxito en la labor pastoral.

- Las decepciones acerca del anhelo insatisfecho de comunión fraternal: ni la comunidad ni el presbiterio son espacio en en los que se pueda experimentar comunión y sentimiento hogareño.

- Las decepciones por la falta de reconocimiento: no se acierta a ver para quién somos importantes, para quién significamos algo.

- Las decepciones sobre los directivos de la diócesis: «¡Nadie se preocupa de mí!», es una exclamación frecuente entre los sacerdotes. Y una variante de la misma: «¡Los de arriba no tratan en absoluto de saber cómo me va!» Precisamente esta decepción conduce fácilmente a una actitud de constantes lamentos, de incesantes protestas y críticas.

Éstas y otras decepciones forman parte de la vida. Se encuentran no sólo en la vida del sacerdote, sino que aparecen de manera exactamente igual o parecida en la vida y en la profesión de otras personas. La cuestión es únicamente: ¿qué habrá que hacer con las propias decepciones? ¿Huiremos evadiéndonos -consciente o inconscientemente, de manera deliberada o sin apenas darnos cuenta- con adiciones y satisfacciones sustitutivas (desde el alcoholismo hasta las ‘actividades compulsivas’), con enfermedades o protestas internas? ¿O todas las *pedras* de la decepción, que son tropezaderos, las convertiremos en *escalones* que nos eleven a la madurez? La decepción es siempre un desengaño, un librarnos de un engaño. Hasta ahora me había hecho ilusiones sobre algo, tal vez lo había soñado, pero ahora me voy encontrando cada vez más con la verdadera realidad. Y debo mirar frente a frente a esa realidad, sin abrigar falsos ideales, utopías, ensueños. Hay que reconocer y aceptar las múltiples limitaciones y *sacar el mejor partido de ellas*.

En el fondo, sólo hay tres maneras de vérselas con las limitaciones:

1) Ahuyentarlas, es decir, el individuo las oculta ante sí mismo y ante los otros, huye de ellas, se refugia en la programación diaria y se busca seguridad en las cosas, ordenamientos y estructuras que (aparentemente) no decepcionan.

2) Tropezar con las limitaciones; el individuo quiere removerlas o romperlas, y arremete golpeando contra ellas y se descalabra dando cabezazos contra un sólido muro. Entonces: o se lucha con todos los medios contra las dificultades, lucha en la que uno termina por destruirse a sí mismo, o uno se sumerge en una constante e infructuosa lamentación.

3) *Vivir y sufrir* las limitaciones, aceptándolas fundamentalmente y no ocultándolas, confesando que uno las posee, sin disimularlas. Las limitaciones aceptadas pueden re-definirse, conforme aquella afirmación del apóstol Pablo, que exclama desde la experiencia de la propia impotencia, de los ultrajes, las calamidades, las persecuciones y las angustias: *Cuando soy débil, entonces soy fuerte* (2Cor 12, 10). Brantzen comenta así estas palabras: «Las debilidades se transforman en fuerza y vigor cuando son aceptadas. Son aquellos que experimentan impotencia y dicen *sí* a su impotencia. Los que soportan malos tratos, calamidades y persecuciones como tareas y oportunidades de su vida. Los que sienten ansiedades y las aceptan. Pablo se siente justificado para emprender esta re-definición. Su modelo fundamental es: “Dios escogió lo débil que hay en el mundo para avergonzar a lo que es fuerte” (1Cor 1, 27). El cristiano está invitado a este proceso de re-definición de sus propias debilidades» (Brantzen). Pero hay más: las limitaciones re-definidas no sólo contribuyen entonces a la maduración de la propia vida, sino que pueden ser puestas también al servicio de otros y beneficiar su existencia. Y así dice la versión de un himno inspirado en la versión francesa del Magnificat: *No hay amor tierno / sino cuando uno mismo está herido / Nadie perdona / sino cuando ha visto su propia flaqueza. [...]*

Por lo que respecta a las decepciones sufridas en las relaciones con *la Iglesia*, es decir, con los directivos de la diócesis, con los demás sacerdotes, con los colaboradores laicos, con las comunidades, remitiremos a unas palabras que desde hace algún tiempo se repiten como sabio consejo en empresas americanas: *Love it, leave it, or change it (ámalo, abandónalo o cámbialo)*. ¡Sí, ámalo! Es posible amar a personal, a colectividades o a instituciones, aunque veamos sus errores y faltas, lo insoportable que hay en ellas y sus limitaciones. El amor no tiene que esperar a que el otro o los otros sea perfecto. ¡Todo lo contrario! El amor es la condición para que el otro o los otros puedan dar un paso hacia delante. Y por tanto, si